

DEJEN QUE LOS NIÑOS VENGAN A MÍ

“Jesús llamó a un niño, lo colocó en medio de ellos, lo acarició y les dijo: quien reciba a uno de estos niños en mi nombre, a mí me recibe. Quien me recibe a mí, no me recibe a mí, sino al que me envió” (Mc 9. 36-37)

“Le traían niños para que los tocara y los discípulos los reprendían. Jesús al verlo se enojó y dijo: Dejen que los niños vengan a mí y no se lo impidan, porque el reino de los Cielos pertenece a los que son como ellos. Les aseguro que quien no reciba el reino de Dios como un niño, no entrará en él. Los acariciaba y los bendecía, poniendo las manos sobre ellos” (Mc 10, 13-16)

La necesidad del niño es siempre una llamada del Señor para el menesiano. Es el Señor quien pide ser acogido en la llamada del niño: *“Quien recibe a uno de estos pequeños, a mí me recibe y quien me recibe, recibe a aquél que me envió”*.

El niño es el pobre, el humilde en el que el Señor quiere ser servido. Ante la pretensión de los apóstoles que buscan sus intereses de gloria y poder, el Señor los llama al servicio de los pequeños.

El menesiano escucha la palabra de Jesús y acoge y sirve a los niños:

“A la vista de esta multitud de niños que nos llaman a su socorro, que nos piden, que nos conjuran tener piedad de su suerte, de arrancarlos de la muerte eterna de la que están amenazados, ningún interés humano nos retendrá. Nos lanzaremos hacia ellos, los tomaremos en nuestros brazos y les diremos: Queridos niños, a los que Jesucristo salvador ha amado tanto, a los que se ha dignado abrazar y bendecir, vengan a nosotros, permanezcan con nosotros, seremos los ángeles custodios de su inocencia”. (S. VII p. 2271)

Esta es la vocación a la que el menesiano se siente llamado. Es Dios quien ha inspirado su deseo, quien le ha concedido la vocación, quien le dará la gracia de la fidelidad:

“Jesús, que has dicho, ‘dejen que los niños vengan a mí’ y que me has inspirado el deseo de conducirlos hacia ti, dignate bendecir mi vocación, asísteme en mis trabajos y derrama sobre mí el espíritu de fuerza, de caridad y de humildad, a fin de que nada me aparte de tu servicio y que, cumpliendo con celo las funciones a las que me has consagrado, sea del número de aquellos a quienes has prometido la salvación, porque habrán perseverado hasta el fin”. (Regla de 1823)

El menesiano cada día, al contacto con los niños, debe aprender a ser sencillo, debe cultivar el abandono confiado, el espíritu filial. Debe aprender a acoger el Reino de Dios como un don gratuito del Padre.

“Su gloria, compéndalo bien, es hacer cristianos a estos niños, que sin ustedes no lo serían nunca; estos niños que no pueden llegar a serlo sino en la medida en que se lo enseñen, no con sus discursos sino con sus ejemplos, a ser humildes de corazón; estos niños a los cuales es necesario que se hagan semejantes, para que les pertenezca el Reino de los cielos”. (A 305-306)

El menesiano está llamado a imitar la forma de vida apostólica de Jesús, en el aspecto de enseñar y curar a los niños. Tocar es el medio por el cual Jesús curaba. El menesiano también enseña, toca, cura y bendice:

“Cuando el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros, ¿no ha instruido con su boca divina a todos aquellos que lo seguían? ¿No ha reunido en torno a él a los pequeños niños para enseñarles y bendecirlos? Y nosotros, que somos sus discípulos, ¿podemos no imitar sus ejemplos y no contribuir tanto como sea

posible a preservar la generación naciente del doble contagio de las malas doctrinas y de las malas costumbres?” (S II, p. 799)

Es misión recibida de lo alto, es su fuente de santificación. El menesiano instruyendo y santificando a los niños, los conduce al reino de Dios, donde espera gozar con ellos por toda la eternidad:

“Queridos niños, dense prisa en venir con confianza, los llamo en nombre del Señor Jesús, que mientras estuvo en la tierra, los llamaba también con tanta ternura y bondad. Pequeños niños, no teman nada, el menesiano que va a prodigarles sus cuidados es un segundo padre que la Providencia les da. No descuidará nada para adornar su espíritu con los conocimientos que, más tarde, podrán serles útiles. Pero buscará, ante todo, por una feliz mezcla de dulzura y de firmeza, corregirles de sus defectos y hacer de ustedes santos, pues es así como se santificará él mismo y que realizará la vocación que ha recibido de lo alto. Pasará por esta tierra haciendo el bien, ignorado de los hombres, no esperando de ellos ni elogios ni recompensas, pero consolado y sostenido por la dulce esperanza que los niños a los que habrá instruido y santificado entrarán un día en el seno de Abraham y estarán para siempre unidos a él en los tabernáculos eternos. (S. II, 800)



EL ÁNGEL DE LAS OVEJAS

“Cuidado con despreciar a uno de estos pequeños, pues les digo que sus ángeles en el cielo contemplan el rostro del Padre del Cielo. ¿qué les parece? Supongamos que un hombre tiene cien ovejas y se extravía una, ¿no deja las noventa y nueve en la montaña para ir a buscar a la extraviada? Y si llega a encontrarla se alegrará más por ella que por las otras noventa y nueve que no se extraviaron. Del mismo modo su Padre del Cielo no quiere que se pierda ni uno solo de estos pequeños”. (Mt 18, 10-14)

“A sus ángeles ha dado órdenes para que te guarden en tus caminos”. (Salmo 91,11)

El menesiano es el ángel a quien el Señor ha dado orden de cuidar en todos sus caminos al niño para que no tropiece:

“Recordarán que son como ángeles guardianes de la inocencia de los niños que la Providencia les ha confiado”. (Const. 1825, nº 14)

La actitud del ángel es la presencia. El ángel vive de la doble presencia: tiene acceso a la presencia del Señor, a contemplar su rostro y se hace presente continuamente ante los niños. Es la mano del Señor quien le indica los continuos cuidados que debe ofrecer en todo momento a los niños:

“Los menesianos no abandonarán a los niños de los que están encargado, ni de día ni de noche, ni estando a la mesa, ni en el recreo, ni durante el tiempo de trabajo, ni durante la oración” (Idem)

Contaremos una a una estas ovejas y las cuidaremos. Como el buen pastor de Ezequiel, también el menesiano dice: “Buscaré las ovejas perdidas, recogeré las descarriadas, vendaré las heridas, curaré a las enfermas” (Ez 34, 16). Por eso las cuenta una a una:

“Oh, Dios mío, acaba tu obra. Salva a estos niños que te son tan queridos. Tú los has rescatado con el precio de tu sangre. De buena gana daríamos hasta la última gota de la nuestra para salvarlos. Pobres niños, los amaremos tanto más cuantos mayores sean los peligros que los amenazan. Contaremos una a una estar tiernas ovejas que has puesto bajo nuestra custodia y las defenderemos de los ataques constantemente renovados a los que están expuestos. Oh, Dios mío, protégelos, protégenos a todos. No esperamos nada de los hombres. En Ti sólo está nuestra esperanza, que no será confundida. (A 309)

Al menesiano, buen pastor, no lo mueve ningún interés humano. Él no quiere oír el reproche del Señor: ***“Ay de los pastores de Israel, que se apacientan a sí mismos”. (Ex 34,2)***